

# La parroquia, fuente de la aldea

## RENOVACIÓN O (LAMENTABLEMENTE) NADA

**Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción. Torrelavega**  
Por Fernando Collantes Ortega



Las cosas han cambiado demasiado en las últimas décadas. Los modelos vitales de las sociedades occidentales se han transformado y estas reformas obligan a la Iglesia y a todas sus piezas a convertirse, o al menos, a intentarlo. Paradójico, ¿verdad? La Iglesia, persiguiendo conversiones y para mitigar el dolor provocado por estas transformaciones sociales, debe convertirse. Sí, así es. No queda otra que pasar por una conversión estructural, que parece que necesariamente tiene que venir precedida por una conversión personal.

Nuestro párroco, Juan Carlos siente la necesidad de compartir esa insatisfacción que lleva en el corazón y que le hace sufrir, al ver que cada vez hay menos fieles en las celebraciones, que siempre son las mismas personas las que sacan adelante las distintas labores parroquiales, que hay un gran trabajo en las catequesis con los niños y después no siguen, que las familias solo participan mientras los niños están vinculados a la parroquia, que ya no hay jóvenes, etc.

Y podríamos seguir añadiendo más as-

pectos que delatan que algo grave está pasando en la transmisión de la fe. Acto seguido, la reflexión fue que, si seguíamos haciendo lo de siempre, el resultado ya sabíamos cuál iba a ser: aquello que teníamos entonces. Y con el espíritu del programa del Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, comenzó una serie de pasos para intentar que no se pierda la esencia de la misión de la iglesia, que es hacer discípulos misioneros.

Hace algo más de dos años, justo antes de la pandemia, esta necesidad identificada tiempo atrás, se materializó en la creación del llamado “grupo de renovación parroquial”. Está formado por 12 personas, que se reúnen semanalmente y que han desarrollado, durante los dos últimos años, un plan de actuación para llevar a cabo esta labor de conversión parroquial.

Y poco a poco, después de poner en marcha las Cenas Alpha, de promover los grupos de vida de la Acción Católica General, y algunas otras iniciativas, estamos comprobando cómo nuestra comunidad parroquial va ganando en participación y compromiso.



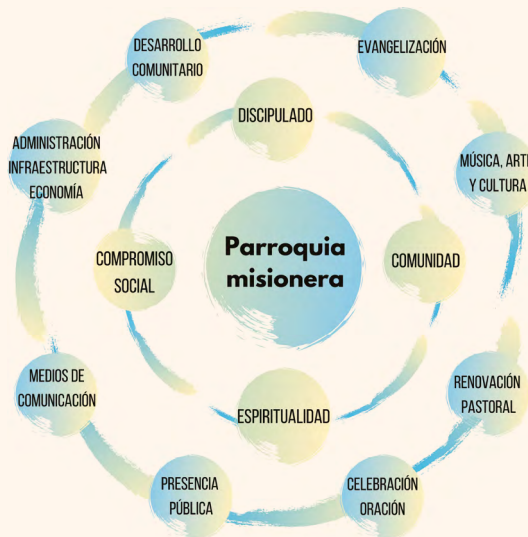
Hay muchas personas que participan activamente en las labores diarias de la parroquia, del templo y de los anejos. Prácticamente todos forman parte también de alguno de los grupos de vida que semanalmente se reúnen para compartir y crecer en la fe.

Tras el estallido de la pandemia, algunos de los grupos continuaron manteniendo el contacto vía telemática. Entonces, WhatsApp, Zoom y otras tantas apps similares se convirtieron en el pilar de la parroquia, en un tiempo en el que no pudimos siquiera acercarnos a ella. En mayo de 2020, tras la salida del confinamiento nacional, en la parroquia se produjo uno de los hitos más determinantes en años: la creación del Grupo de Voluntariado Covid-19, que actualmente sigue en funcionamiento y que a lo largo de este tiempo ha movido a decenas de voluntarios que diariamente realizan labores de acogida, de limpieza y de desinfección del templo.

Ante la necesidad, diligencia. La pandemia planteó una necesidad, y la parroquia supo responder rápidamente. No se trataba de abandonar un dispensador de gel a la entrada del templo, sino que se planteó la posibilidad de

que fueran los voluntarios, miembros de la comunidad, quienes aplicarían el gel, saludarían, acompañarían al asiento y despedirían a otros miembros de la comunidad. Y, hay que decirlo, la iniciativa ha sido un éxito. De hecho, uno de los ministerios planteados por el grupo de renovación de la parroquia es el de acogida. La pandemia terminará tarde o temprano, pero ¿estamos dispuestos a volver atrás? Definitivamente no. Esta labor, casi sanitaria, pasó en algún momento a ser una labor social. Muchas de las personas que acuden a las celebraciones diarias sufren la pandemia de la soledad o de la marginación, y el saludo del voluntario de la entrada es, probablemente, el único gesto de afecto que reciben esa jornada.

También comienzan a aplicarse algunos de los planteamientos de renovación. Uno de ellos es la celebración de una oración de Misericordia mensual. Cada tercer viernes de mes, la comunidad se reúne en nuestra iglesia para pasar una hora en ambiente de oración, reflexión y exposición del Santísimo. La iniciativa comenzó hace algo más de un año con unos 40 asistentes y en la última, esta cifra se había cuadruplicado, sobrepasando las 170 personas.



La implicación de los laicos lleva un ritmo muy esperanzador. Las necesidades de la parroquia se van cubriendo por los diferentes grupos encargados de cada una de ellas que van descubriendo las llamadas que el Señor les va haciendo: Liturgia, limpieza, ornamentación, arte y diseño o música son solo algunos de ellos. En verano, la iglesia permanece abierta por la mañana y por la tarde para recibir a los cientos de visitas que recibe. Parejas de voluntarios reciben e indican a los visitantes que pueden disfrutar de una visita guiada a la iglesia, realizada también por voluntarios. Todos dedican su tiempo, en pleno verano, para facilitar la apertura de la iglesia. En el periodo navideño ocurre algo similar con la instalación de los Nacimientos. Un buen número de voluntarios se pone a disposición de la parroquia para abrir el templo y mantenerlo cuidado y seguro. No sólo ponemos la mirada hacia

dentro sino hacia fuera, el compromiso que tiene la comunidad parroquial con la asociación Eleos, un albergue de peregrinos que da empleo a personas con dificultades, espacio precioso para iniciar también diálogo con el mundo de la increencia. El proyecto intercultural Lacampa, espacio abierto al barrio, de acogida especialmente a las personas migrante, la colaboración con la asociación Montes Claros que trabaja con personas en riesgo de exclusión. La parroquia como espacio que acoge eventos culturales, eventos promovidos por las asociaciones del barrio, visitas de centros educativos, casa de puertas abiertas... y el propio testimonio de los laicos en la vida pública.

Es la nuestra, por tanto, una comunidad enérgica con vocación de cambio, con ganas de salir y anunciar a los que no conocen a Jesucristo, y con miembros dispuestos a aportar todo lo que tienen y entre todo ello, lo más importante: su tiempo. No se trata tanto de buscar volver al pasado en cuestiones relacionadas con el número de feligreses, sino de vivir el futuro en comunidades comprometidas y con una disposición y una dedicación constantes y de calidad.

